

La delatora en su infierno

Este testimonio es de los pocos -hay uno o dos más- que cuentan la represión de la dictadura de Pinochet desde adentro, desde el lado de los que la aplicaron. Ese es su interés principal, expresado en el relato de la protagonista, militante de Izquierda, torturada, delatora de sus compañeros y luego agente de la DINA y de la CNI.

"El Infierno" (Editorial Planeta, Santiago, 1993, 397 pgs.) de Luz Arce es un libro necesario. No produce agrado, porque es la narración de una pesadilla que en formas diversas nos involucró a todos, de donde a la vez deriva su paradójica atracción, del ansia de saber, de conocer los detalles de esa época terrible, que se diluyen en la impunidad y el silencio. No miremos el pasado, fijemos los ojos en el futuro, dicen políticos y militares.

"El Infierno" alumbra el laberinto de la represión. Seguramente la autora -que desertó definitivamente de la CNI cuando el régimen militar se acercaba a su fin- guarda secretos, pero con lo que cuenta basta para documentar de modo alucinante su experiencia.

Con crudeza brutal narra los suplicios a que fue sometida hasta que finalmente no pudo resistir y decidió colaborar. Antes, recorrió Yucatán, Ollagüe, Terranova, los nombres en clave de los cuarteles y centros

de tortura de la DINA, Londres 38, José Domingo Cañas, Villa Grimaldi.

Luz Arce recuerda con precisa minuciosidad, centrando su relato en la persecución al PS y al MIR. Curiosamente nada dice de la cacería del PC, actividad prioritaria de los servicios de inteligencia a partir de 1976.

El relato no entrega novedades que cambien las líneas centrales de lo ya conocido, pero sí abunda en detalles que concuerdan con la información disponible. Describe el engranaje en movimiento de la DINA, sus centros de poder, sus intrigas y sospechas, sus procedimientos y la actuación de oficiales como Marcelo Moren, Gerardo Urrich, Rolf Wenderoth, Ricardo Lawrence, Miguel Krassnoff Marchenko y sicarios como Osvaldo Romo y Basclay Zapata, sometidos a la férula despótica pero protectora del coronel Manuel Contreras Sepúlveda y su adjunto, Pedro Espinoza Bravo. Lateralmente, entrega pinceladas de la vida de esos días, del poder que ostentaban los militares y la consideración que tenían para muchos que los consideraban "salvadores de la patria". Luz Arce señala, por ejemplo, que el sacerdote Raúl Hasbún visitaba con frecuencia el cuartel general de la DINA.

Eran los jefes, en contacto inmediato con la cúpula gobernante y especialmente con Pinochet, los que imprimían la orientación a la DINA, facilitada por la predisposición

de la oficialidad y sus secuaces a la brutalidad contra "los marxistas", el enemigo por antonomasia, en esa guerra ficticia librada bajo los cánones de la Seguridad Nacional, que absolvían de antemano cualquier crimen.

Un libro como éste -cuya publicación es una valiosa decisión editorial- replantea lo intolerable de la impunidad. Sujetos convertidos en verdaderas bestias, con licencia para el salvajismo, torturaron, violaron, destruyeron y asesinaron, mientras -emtonces (y ahora)- aparentaban una vida normal considerados buenos padres, maridos ejemplares, profesionales severos.

Esa parece ser también una de las razones de la conmoción que produce el libro, la mezcla entre atrocidades y afanes propios de la normalidad. Para los verdugos -y para Luz Arce- su trabajo siniestro era un trabajo más, que no les impedía flirtear, preocuparse de las vacaciones y las navidades, de la vida social, de la educación de sus hijos, de los ascensos y la carrera administrativa.

"El Infierno" es un golpe a la lúgida que se nos ha impuesto. Puede esperarse que en algún momento la acumulación de testimonios derrumbe la barrera de la impunidad. Por lo menos quedarán a disposición de los que quieran ver y escuchar nuevamente, las voces y los clamores de dolor -y los testimonios de heroísmo- que son grietas de

vergüenza y acusación a los torturadores.

También este relato hace pensar en esa historia que falta por escribir, la de los que resistieron, los que sufrieron más allá de toda esperanza y no claudicaron. Intuyeron, seguramente, el sentido profundo de las palabras del famoso siquiatra Bruno Bettelheim, que estudió lo ocurrido en los campos de concentración nazis: "Aquellos que buscan proteger su cuerpo a toda costa mueren muchas veces. Los que arriesgan el cuerpo para poder sobrevivir como hombres, tienen una buena oportunidad para seguir viviendo".

No olvidemos, por último, que personas como Luz Arce, Miguel Estay Reyno o la "Tía Alejandra" fueron los menos; los que vencieron a sus verdugos fueron la mayoría. Luz Arce quiere demostrar con su confesión que incluso después de haber llegado a la abyección queda alguna posibilidad de reparar en parte el mal que se ha causado. Su caso puede mover a compasión o generar lástima, pero obviamente no debe hacer olvidar que situaciones como la suya no implicaron un desenlace ineludible o fatal. El libro enaltece todavía más a los que no hablaron; a los que no delataron ni se asociaron a sus torturadores.

HERNÁN SOTO

Punto Final N° 306 (26.12.93) p. 9.

RCF3578

La delatora en su infierno [artículo] Hernán Soto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Soto, Hernán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La delatora en su infierno [artículo] Hernán Soto.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa